

SANTA TERESA DE JESÚS

Y SUS CONFESORES

SEGUNDA PARTE

Concluido el noviciado entre enfermedades que no la dejaron ya más, y a principios del invierno (1) de 1537 (2), pues fué dentro del año que profesó, salió fuera del monasterio a curarse (3). Aguardó la primavera en casa de su hermana, María Ahumada, que la quería mucho; y en abril partió de Castellanos de la Cañada para Becedas.

El episodio con el primer confesor suyo de que hay noticia, tiene lances de novela, y está seguido con fina observación. Y es que la gracia descansa en la naturaleza, no la destruye, y de ella toma en cada santo su matiz particular. Encontróse, pues, allí «una persona de la Iglesia... de harto buena calidad y entendimiento; tenía letras no muchas. Yo comencé a confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía buenos como quisiera» (4).

En toda la vida no caerá de su pluma esta queja. Los errores y deslices de su juventud los atribuía, en parte, a esos confesores medio letrados, para quienes no habrá perdón en sus labios, como ni tampoco para la gente doble y fingida.

«He visto, añade, por experiencia, que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas [letras], porque ni ellos se fían de

(1) *Vida*, c. IV, p. 22.

(2) La *escritura* de dote y *renuncia* de su legítima ponen la entrada el 2 de noviembre de 1536. En caso de seguirse el testimonio de María Pínel, en *Historia manuscrita de la Encarnación*, habría que correr todos los sucesos hasta 1543 un año adelante. V. *Rel.*, ap. II, p. 92, n. 1.

(3) María de San José, *Libro de Recreaciones*, Recreación octava, pág. 71 (Burgos, 1913).

(4) *Vida*, c. V, p. 28.

si, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó» (1). Las inquietudes y dudas, que fueron su tormento, hasta dar con el P. Barrón, nacieron de aquí. «Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno; lo que era gravísimo mortal, que era venial.»

Así era el cura de Becedas, el cual, dice, «se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición de éste mala, mas demasiada afición venía a ser no buena» porque, añade más abajo, «nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad». La razón de este apego, indica análisis espiritual penetrante. «Como he dicho, cosa, que yo entendiera ser pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba a tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven enclinas a virtud; y aun para lo que por acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré». Observación profunda y llena de sicología.

Pero si la madurez del consejo se une a los pocos años, el anhelo de las cosas celestiales a una edad solicitada por las terrenas, el reflejo de lo divino a un rostro juvenil, entonces el hombre, criado como está para lo divino, se siente misteriosa, iba a decir sacrílegamente, arrastrado; sacrílegamente, pues no duda aspirar el perfume de aquella virtud, entrar en vedado y violar el santuario. Este escollo señalan los directores espirituales como muy peligroso, y en él se han estrellado no pocos literatos modernos que, llamándose místicos, han profanado los vasos del templo en usos más que mundanos.

«Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de Él; y como era tan niña, haciale confusión ver esto». He ahí la sugestión del infeliz, el embebecimiento en Dios reflejado sobre un rostro de niña. «Con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición. Y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado... y con esto decía Misa. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho; que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería. ¡Maldita ley que se extiende hasta ser contra Dios! Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina.»

Quebróse felizmente la línea uniforme de la narración, antes de can-

(1) *Vida*, c. V, p. 28.

sarnos; y la vena perenne de su ingenuidad llena de frescura, saltó en mitad del camino. Ni falta aquí el misterioso nudo de la leyenda.

Es el caso que «la desventurada mujer le tenía puesto hechizo en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella, y éste nadie había sido poderoso a quitársele. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo ví». ¡Qué bien suena en sus labios ese eco de las consejas populares castellanas, pobladas de espíritus malos y ángeles de luz! A esto ella comenzó a mostrarle más amor: en fin que le ganó. ¿Con qué armas? El ojo vivo de la mujer no se dejó engañar. «Tratábale muy de ordinario de Dios. Esto debía aprovecharle mucho, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en el río. Quitado éste, comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla... Tengo por cierto está en carrera de salvación.»

Notemos, como rasgo característico, el adelantamiento de los que la dirigían; y notemos también en el cura de Becedas el tipo de confesor que más odiaba, *medianas letras en poca virtud*. Es el mayor enemigo que en la emboscada de un confesonario puede hallarse el alma camino de su Dios.

Pues si penetra en un monasterio «es cosa peligrosa y un infierno y daño para todas» (1). La entrada del capítulo V tan resuelta, y su marcha rápida, dice cuánta verdad es lo que de sí escribe en otra parte. «De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla» (2).

«Esta santa libertad, dice, pido yo, por amor del Señor, a la persona que estuviere por mayor; procure siempre con el Obispo y Provincial, que sin los confesores ordinarios, procure algunas veces tratar ella y todas y comunicar sus almas con personas que tengan letras, en especial si los confesores no las tienen, por buenos que sean: son gran cosa letras para dar en todo luz» (3).

Y con aquel sentido realista aun en las vías extraordinarias del espíri-

(1) *Camino de Perfección*, c. IV, p. 30. Aquí y en el siguiente da instrucciones saludables; se siente una como vibración del estilo, que indica cierta convicción dolorosa en la escritora: la frase lleva algo de acero.

(2) *Relación*, III, p. 18.

(3) *Camino de Perfección*, c. V, p. 31.

tu, tan propio de los místicos españoles, con aquel respeto a la verdad y fueros de la razón, base incommovible de los más sutiles encumbramientos de Teresa, con el sentido común, que ni aun en el éxtasis, donde todos se pierden, la abandonó, cierra así este punto: «Ya sabéis que la primera piedra ha de ser la buena [recta] conciencia... Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección, es todo nuestro bien; sobre ésta asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte, todo el edificio va falso» (1).

Medianas letras en poca virtud: he ahí su primer enemigo. Aunque menos dañoso, pero bien temible, es *virtud* con *medianas letras*, sobre todo en un sujeto de cortos alcances y ninguna experiencia. A ellos culpa de sus indecisiones ante algunas faltas, en el período de su vida religiosa que, según lo más probable, va del 1540, meses más, meses menos, hasta el 1557, aunque mucho antes empezara salir de ella en parte, sólo en parte. «Duré en esta ceguedad creo más de diecisiete años, hasta que un Padre Dominico, gran letrado (2) me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer agravándome tan malos principios, como después diré» (3). «Ya sabéis que la primera piedra ha de ser la buena conciencia y con todas vuestras fuerzas libraros aun de pecados veniales y seguir lo más perfeto. Parecerá que esto cualquier confesor lo sabe, y es engaño; a mí acaeció tratar con uno, cosas de conciencia, que había oído todo el curso de Teología, y me hizo harto daño en cosas que me decía no eran nada; y sé que no pretendía engañarme, ni tenía para qué, sino que no supo más, y con otros dos o tres, sin éste, me acaeció» (4).

Otro mal era dejarla perderse en amistades peligrosas. Porque primero donde era grave decían leve, y donde leve que no era nada. «Procuraba [del año cuarenta al cuarenta y tres] confesarme con brevedad, y a mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco. Que a decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación a no traer

(1) *Camino de Perfección*, c. V, p. 32.

(2) P. Vicente Barrón.

(3) *Vida*, c. V, p. 29. Esos diecisiete años no deben entenderse hasta que el P. Barrón la empezó a confesar, sino hasta los confesores de la Compañía.

(4) *Camino de Perfección*, c. V, p. 32.

aquellos tratos, sin duda, creo, se remediara; porque en ninguna vía sufriría andar en pecado mortal sólo un día, si yo lo entendiera» (1).

Ni solamente le dañaron medianas letras, en la ronda y en primeras salas de su *Castillo interior*, sino aun en la quietud de las quintas *Moradas* (2). «Acaeciome a mí una inorancia a el principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible... Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo (3) me quitó de esta duda». Así escribe en la *Vida*; en las *Moradas* se echa ver que el platero había adelantado en su arte; el toque de cincel es más exacto y el repujado más candorosamente malicioso. Tal vez por eso está acotado el original.

Viene ya otra serie de confesores, que con los pasados comparte las iras de Teresa. Son los tímidos: contentos con que sus penitentes vayan paso a paso, ni les dan alas, si son impetuosos, ni les ponen espuela si remisos; pues va mucho entrar con resolución en este camino. «Es—añade luego—paso de gallina; nunca con él se llegará a la libertad de espíritu.»

Debe entonces el confesor dar vuelos al alma y despegarla suave y fuertemente de sí. «Creo, si hubiera quien me sacara a volar, más me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obras» (4).

Emprendida con aliento la marcha, es menester aviso para ver qué ejercicios, sobre todo de meditación, aprovechan más a cada uno.

El capítulo XIII de *La Vida* se podría llamar «Juicio de confesores»; en él plantea formalmente la cuestión: para gente de virtud ¿qué es preferible, letras sin oración u oración sin letras?

«Quiérome declarar más—dice esa divina habladora, de cuyos labios tantos doctores estuvieron allá suspensos, y lo están el día de hoy; y adviértase que la palabra parece traer aún el calor del aliento y empañar el papel—quírome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siem-

(1) *Vida*, c. VI, p. 37.

(2) Cuenta esto en dos sitios por parecidas palabras, propiedad de los grandes escritores, que tienen una forma única para cada idea, y esa es la más propia; sin embargo, en las *Moradas* se nota ya gran adelantamiento en los términos de escuela. Véase *Moradas quintas*, c. I, p. 74; *Vida*, c. XVIII, p. 134.

(3) El P. Silverio de Santa Teresa supone, contra Gracián, que se trata de Báñez (*Vida*, c. XVIII, p. 134). Pues fué al principio, parece más probable ser el P. Barrón.

(4) *Vida*, c. XIII, p. 93.

pre tuve esta falta, de no me saber dar a entender, como lo dicho sino a costa de muchas palabras... Mi opinión ha sido siempre y será que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas [letras], y mientras más, mejor, y los que van por camino de oración tienen de esto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más» (1).

Por todo el capítulo bien clara se ve la preferencia; pero su ideal era otro. «Importa mucho—dice más arriba—ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento y que tenga experiencia: si con esto tiene letras, es grandísimo negocio. Mas, si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más; porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieran necesidad, digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras».

Pero véase un rasgo de frescura y decisión bien castellanos. «Espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración; y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones a bobas nos libre Dios» (2).

He ahí la firma de Teresa y el sello de su santidad: cumbre de éxtasis y de sentido común, y todo con su granito de sal, dos veces apetitoso, por avilés y por santo.

Oímosla, poco antes, quejarse de la condescendencia de ciertos confesores, en quienes querría más fortaleza; pero esta fortaleza ha de ir envuelta en dulzura. Y más en días críticos, cuando el alma lucha y se desangra interiormente sin atrever a resolverse. En esa hora, fijada por el cielo, para vencer la cumbre, que nos roba a la vertiente de las cosas terrenas y nos traspone a la otra en que nos aguarda Dios; en ese instante único, que concentra en sí todos los instantes pasados para corregirlos, y todos los por venir, que pesan ya sobre el presente, cuando el alma, en medio de dos vidas, siente en un solo paso todas las repulsiones y todos los

(1) Véase *Vida*, c. XIII, págs. 98-99: «Y me dijo a mí algunas veces que se le sosegaba más el espíritu cuando consultaba algún letrado que no era hombre de mucha oración y espíritu, sino muy puesto en razón y ley, porque le parecía que los hombres espirituales, con su bondad y afición que tienen a los que tratan de espíritu y oración, son más fáciles de engañar que los otros, que, con una discreción ordinaria juzgan, las cosas según razón y ley». *Declaración del P. Domingo Báñez, hecha en Salamanca, año de 1591. Autores españoles. Escritos de Santa Teresa*, t. II, p. 376.

(2) *Vida*, c. XIII, p. 98.

atractivos; en ese momento sublime de la conversión total, una mano dura y áspera nos puede clavar en el sitio y una fuerte y dulce hacernos dar el paso decisivo. Bien lo probó ella en vísperas de su rendimiento a la gracia. Resuelta a jugar el último lance, «el caballero santo», cuyo retrato espiritual nos ha diseñado en cuatro líneas (1), procuró se viera con el Maestro Daza, «gran siervo de Dios, con quien pensé confesarme y tener por maestro»... «Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte... Algunas veces me maravillo que siendo persona, que tiene gracia particular en comenzar allegar almas a Dios, cómo no fué servido entendiéndose la mía, ni se quisiese encargar de ella; y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús (2).»

Esta su primera entrevista con un jesuita en San Gil, las ansiedades que la precedieron e inquietud del momento que se acerca, las ha trazado con una sensibilidad y temblor de pluma verdaderamente femeniles. «Comencé a tratar de mi confesión general y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida (3) lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomé, que como ví, después que lo escribí, tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena que me viesen tratar con gente tan santa como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba más obligada a no lo ser y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacía, que era peor; y así—nótese el enredo dramático—procuré con la sacristana y portera no lo dijese a nadie. Aprovechéme poco, que acertó a estar en la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. Mas, ¡qué de embarazos pone el demonio y qué de temores a quien se quiere llegar a Dios! (4).»

Quien la viera volver de esta confesión, que hace época en su vida, ¡cuán trocada la hallaría! El rostro, en su habitual serenidad, viene diciendo que la tormenta de sus incertidumbres se ha encalmado un punto. «Quedó, dice, mi alma de esta confesión tan blanda, que me parecía no

(1) *Vida*, c. XXIII, p. 178.

(2) *Vida*, c. XXIII, p. 179.

(3) He aquí la primera mención de la *Vida*: antes, p. 131 dice: «Pues como di el libro [*Subida del monte*] y hecha relación de mi vida y pecados...»; pero ¡ha de entenderse relación escrita, o más bien oral?

(4) *Vida*, c. XXIII, p. 182.

hubiera cosa a que no me dispusiera; y así comencé a hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacia poco caso de todo. Y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar a Dios, y como que dejaba libertad y no premio, si yo no me lo pusiere por amor (1).»

Esta blandura y piedad de confesores es más necesaria cuando el alma, sumida en terribles incertidumbres, sin gusto de la vida, sin luz que se vea en el cielo, únicamente en su director puede buscar alivio. Una palabra menos suave hiere entonces, como el paso de una mano áspera y descuidada sobre carne viva. No faltó esta prueba tan sensible, que contra toda voluntad le venía de sus confesores (2).

No dejaremos este punto sin decir de otra dote, que pedía de sus confesores: la *fidelidad del silencio*. Fué preciso, porque los caminos que Teresa recorría eran peligrosos, consultar a muchos, y esto no lo pudo evitar ella propia, aunque de ahí la vinieran hartas mortificaciones. Pero hubo a los principios imprudencias que trajeron las cosas de Teresa en boca del vulgo y la mortificaron hondamente (3). Insistimos en que lo insólito de sus caminos hacía imposible un secreto que la Santa deseaba pero no podía imponer, y que era la primera en dificultar (4). Por lo demás, esta repugnancia invencible a la publicidad, que fué dis-

(1) *Vida*, c. XXIV, p. 185.

(2) *Vida*, c. XXX, p. 243.

(3) Véase la *Vida*, c. XXIII, p. 181. Sobre ese pasaje nótese que, ni por los antecedentes que se refieren a Daza y el *Caballero Santo*, ni por el sitio que ocupa en la *Vida*, antes de tratar con la Compañía, hay fundamento para introducirle, ni siquiera de lado, en las cosas de *San Gil*. Por lo demás, que algunos jesuitas y no jesuitas trataran, en bien o en mal, de las cosas de Teresa, que sabían fuera de secreto, y esto la trajera a la Madre sus sinsabores; más aún: que cosas confiadas a muchos bajo secreto, no muy riguroso, se rezumasen algo al público, y esto también la molestase, es muy natural. Son estas *flaquezas de nuestros prójimos* las contrariedades en que se prueba la virtud; y si Teresa de Jesús hubiera quedado en Teresa de Ahumada, no hallaríamos la culpa tan grave. ¡Es tan fácil como injusto juzgar de los hechos por el éxito que los corona!

(4) «Es verdad que ha tenido grandísimo cuidado de informarse de todos cuantos buenos letrados estaban y pasaban por Ávila, sin dejar uno, en especial de aquellos que tenían eminencia de Teología o trataban cosas de oración juntamente con ser letrados.» (Informe del P. Pedro Ibáñez sobre el espíritu de Santa Teresa. Véase *Rel.*, apén. XIII, p. 148.)

minuyendo con el tiempo (1), es la mejor recomendación de su espíritu.

Otro pasaje hay en su *Epistolario*, en que vuelve sobre esta incomunación de cosas, que sólo se fían a la intimidad del director, y sólo en ella son bien interpretadas. El P. Gracián enseñaba las efusivas cartas de Teresa a otras religiosas. «El tiempo, dice, quitará a vuestra paternidad un poco de la llaneza, que cierto entiendo es de santo...

Mire que son diferentes los entendimientos; y que nunca los prelados han de ser tan claros en algunas cosas; y podrá ser que las escriba yo de tercera persona u de mí, y no será bien que las sepa nadie; que va mucha diferencia de hablar conmigo misma de esto, de vuestra paternidad a otras personas, aunque sean mi misma hermana; que, como no quería que ninguno me oyese lo que trato con Dios, ni me estorbase con Él a solas, de la misma manera es con Pablo» [Gracián] (2).

Esta carta, de trazos tan viriles, de tan soberana cordura y severa intimidad, nos pone de manifiesto el *modo* que Teresa guardaba con sus confesores. Pero este punto reclama párrafo aparte.

II

No se crea que en comunicarse buscó solamente luz; a veces jugaba en esto un arma poderosa con que apagar los fuegos enemigos y rendir a los más severos censores de su vida y de su reforma: y (nunca con más propiedad se dijo) que, con sólo alzar una punta al velo de su vida, ató al carro victorioso de sus *Fundaciones* cuanto de grande tuvo la España de Felipe II en santidad, ciencia y nobleza. «Tenía, dice Julián de Avila, la santa Madre una prudencia santa y sagaz, y era que, en llegando a cualquiera pueblo, donde había personas doctas de letras y autoridad, luego los tomaba por confesores; y los que antes de oídas no gustaban

(1) Antes «aun a los mismos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria a Dios... muy poco se me da todo... Por estar ya fuera de mundo y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa» (*Vida*, c. XL, p. 367-681.)

(2) *Epist.*, c. CVIII, p. 97-58. Permítasenos, adelantando la narración, señalar esta carta como clave para interpretar la correspondencia epistolar entre Santa Teresa y el P. Gracián. El trato de almas tan puras es un enigma para ciertos escritores de ultra-puertos... De ellos está escrito: *El hombre carnal no percibe las cosas del espíritu.*

de sus cosas o negocios, después que por vista de ojos la vían, hablaban y confesaban, gustaban tanto y la alababan tanto, que la daban toda la autoridad que podían, y la alentaban a que siempre anduviese en lo que andaba...» (1).

Así, entre otros, ganó «al Retor de Burgos que llaman Ripalda, y aun estaba harto mal con ella hasta que la trató (2) y fué luego tan buen amigo hasta la muerte».

De ella sí, aunque en otro sentido, se puede afirmar que ponía hechizo. Pues aunque «procuraba, todo lo que podía, encubrir sus ejercicios, sin dar muestras exteriores de santidad, ni composturas fingidas; antes tenía un exterior tan desenfadado y cortesano que nadie, por eso, la juzgaba por santa; pero tenía toda ella un no se qué tan de sustancia, que hacía fuerza que creyesen y vieses los que la tildaban, que lo era mucho, sin diligencia suya» (3). Y es que apenas empezaba a correr la vena transparente del discurso y se soltaba la melodía de su armoniosa voz, el rostro, de suyo agradable y risueño, se iba por momentos iluminando de luz celestial, y por ventura la venía Dios a sorprender con éxtasis en la sabrosa intimidad de una plática, en la humorística relación de un sucedido, en el gesto empezado de una risa. Imposible aquí mantener el ceño y no depone toda severidad.

Una de estas conquistas fué la de Fray Pedro Fernández, contada por Báñez (4). Del mismo es el siguiente paso tan curioso: «Otro maestro de la dicha Orden, que también fué provincial, me dijo una vez:—¿Quién es una Teresa de Jesús, que me dicen que es mucho vuestra?: no hay que confiar en virtud de mujeres.—Yo le respondí—: Vuestra paternidad va a Toledo y la verá y experimentará que es razón de tenerla en mucho.—Y así fué, que estando en Toledo una cuaresma entera, la comenzó a tratar y examinar, y con ser hombre que predicaba casi cada día, la iba a confesar casi todos los días, e hizo de ella grandes experiencias. Y después, encontrándole yo en otra ocasión, le dije:—¿Qué le parece a

(1) Juan de Avila, *Vida de Santa Teresa*, p. 266. Véase en *Escritos sueltos*, ap. X, p. 147-48.

(2) *Rel.*, IV, p. 22.

(3) *Declaración* de la Ha. Teresa de Jesús, sobrina de la Santa, en el proceso de Avila (1596), *Rel.*, ap. LVI, p. 307.

(4) *Declaración* del maestro Fray Domingo Báñez, *Escritos de Santa Teresa*, Bibliot. de Riv., t. II, p. 376.

vuestra paternidad de Teresa de Jesús?—Respondióme diciendo:—¡Oh! ¡oh! habíamedes engañado; decíades que era mujer; a la fee, no es sino hombre varón y de los muy barbados—, dando a entender en esto su gran constancia y discreción en el gobierno de su persona y de sus monjas» (1).

La anécdota vale un retrato de los buenos; pero el hecho más curioso en este punto es el acaecido a otro dominico, severo religioso y gran teólogo. Nos ha llegado por varias relaciones y se puede reconstruir con esos pormenores de entremés, que dan la trama oculta de la vida. Según don Francisco de Mena en el *Proceso* de Avila, «Fray Bartolomé de Medina, de la Orden de Santo Domingo, catedrático de Prima de Teología en la Universidad de Salamanca, cuyo discípulo fué este testigo, al principio recibió mal las cosas de la Santa Madre, en tal forma que, públicamente en su cátedra, dijo que era de mujercillas andarse de lugar en lugar, y que mejor estuvieran en sus casas rezando e hilando; y, sabido esto por la Santa Madre, deseó mucho hablarle y comunicarle su espíritu y el fin de sus fundaciones» (2). Pasaba esto entre fines del año 1573 y principios del siguiente. Oigámoselo a Teresa: «Sabía que estaba muy mal con ella, porque había oído de estas cosas; y parecíale que éste la diría mejor si iba engañada que nenguno; esto, ha poco más de dos años (3), y procuróse confesar con él lo que allí estuvo, y dióle larga relación de todo y procuró que viese lo que había escrito, para que entendiese mejor su vida» (4). El requerimiento fué solemne, según el P. Gracián en nota de Ribera: «Pues era catedrático de Prima de Teología en Salamanca, le requería, de parte de Dios, la examinase con todo rigor, como quien examina a un hereje» (5). La fundadora y la mística pasaron ilesas por la prueba del fuego... «Él la aseguró más que todos, y quedó muy amigo» (6), de suerte, añade, el citado Francisco de Mena, que, públicamente en la misma cátedra, alabó y aprobó el espíritu de la Santa Madre, y, entre otras palabras que de

(1) El mismo, pág. 376-77.

(2) *Rel.*, IV, pág. 24, n. 7.

(3) Esto se escribía durante el año 1576; se refiere, pues, al 1573 y, mejor, a principios del siguiente, que estuvo en Salamanca. Por otra parte, la carta de 14 de mayo de 1574 da a entender que aun no se había rendido del todo el Maestro de Teología.

(4) *Rel.* IV, pág. 25.

(5) Véase *Santa Teresa en Alba de Tormes*, por José Lamano y Be-neite. Salamanca, 1914, págs. 193-200.

(6) *Rel.* IV, p. 25.

ella dijo, fueron éstas: Señores, *el otro día* [se ve que en uno o dos lances le ganó], dije aquí unas palabras mal consideradas de una religiosa, que funda casas de monjas y hablé mal. Héla comunicado y tratado, y sin duda tiene el espíritu de Dios, y va por muy buen camino» (1).

Jamás en sus *defensas y generales*, se había entregado así el terrible Bartolomé de Medina. Julián de Avila, en su estilo casero, ha trazado el triunfo con esta frase homérica. «Y así vino tan manso a la melena, que no sólo quedó satisfecho, pero también quedó espantado y muy edificado, e la favorecía como los demás; e cuando la Santa Madre le había menester en Alba, mientras allí estuvo, iba este Padre allá, y de muy buena gana, y aun le parecía le hacía Dios mercedes en llamarle» (2). ¿Qué había pasado?

En las informaciones de Salamanca de 1591, el jesuita Padre Enrique Enríquez dice así: «Conmigo y con el padre Fray Bartolomé de Medina, catedrático que fué de Prima de Salamanca, comunicó muchas veces las dificultades y razones de dudar que tenía, y de camino nos ponía a gran deseo de la perfección religiosa, y nos daba modo cómo tuviésemos provechosa y acertada meditación y oración; y para esto tenía unas palabras tan vivas y las decía con tal fuerza y sentimiento, que pegaba espíritu y gran deseo de mejorarse a los que con ella trataban» (3).

He aquí la fuerza misteriosa que *traía manso a la melena* a varón tan austero e independiente como el profesor de Prima en Salamanca. Quien le viera descender de aquella cátedra, que en la España teológica de Felipe II, se alzaba casi a par del mismo trono, para ir cada semana del año 1574 a Alba de Tormes y confesar a Teresa de Jesús, habría adivinado algo de aquella mujer, que era *hombre muy hombre*.

Ella aseguraba sus conquistas con delicadezas como ésta: «Esa trucha me envió hoy la duquesa; paréceme tan buena que he hecho este mensajero para enviarla a mi padre, el maestro Fray Bartolomé de Medina; si llegare a hora de comer, vuestra reverencia se la envíe luego con Miguel, y esa carta; y si más tarde, no se la deje tampoco de llevar, para ver si quiere escribir algún renglón» (4).

(1) *Rel.* IV, p. 25 n.

(2) Véase *Escritos sueltos*, ap. X, p. 150.

(3) *Escritos de Santa Teresa*, Bib. de Riv., t. II, p. 378.

(4) *Epist.*, c. XXXIX p. 33. Véase Lamano y Beneite, obr. cit., c. XVII, páginas 192-203.

Con ser este episodio tan interesante, eslo sin comparación más el otro de D. Pedro de Castro, que donde pensaba coger, quedó cogido. Es una escena de entre bastidores que, por una indiscreción, impensadamente se descorren. Merced a cartas que no contaron con la luz pública, vemos los hilos ocultos con que la habilidad de la mujer, latente en la Santa, envió y ganó para su causa al futuro obispo de Segovia.

El propio cuenta en las informaciones de Segovia, año de 1610 (1): «Hablando conmigo alguna de sus hijas religiosas en el Monasterio de San Josef, fundado por ella en Avila, adonde yo fui canónigo, y en particular hablando con la priora de dicho monasterio, me dijo algunas cosas de la religión y virtudes de esta Santa Madre, que a la sazón estaba ausente en sus fundaciones; y no la habiendo yo hablado hasta allí, y diciendo dicha priora algunas cosas tocante a las revelaciones de la Santa Madre, yo le dije:—De la santidad, humildad y otras virtudes de la Santa Madre Teresa de Jesús dígame mucho; de las revelaciones muy poco, porque soy yo menos inclinado a creerlas...—Esta misma palabra tomó por ocasión, después de haber vuelto a su monasterio de Avila y haberle referido sus monjas este coloquio, para comunicar conmigo y hacer instancia que la confesase».

Así lo dice el doctor Castro, pero la Santa, en la intimidad de una carta al P. Gracián, descubre que quien más deseaba esto era precisamente el buen doctor... Pasó lo que llevamos copiado antes del otoño de 1581. El 10 de setiembre, recién llegada de Segovia, es elegida la Santa por Priora de San José. Faltó tiempo a sus monjas para contarla lo ocurrido con el canónigo. Sería no haberla conocido si creyéramos que tardó en ponerse al habla. El hecho es que, para fines de octubre, ya se habían escrito y comunicado diversas veces. El 26 de octubre expone al P. Gracián cierta consulta, que había hecho al señor Castro sobre la dote de Ana de San Pedro: «A la verdad—dice—, hablé con recato»; y luego, con ese tono bajo propio del secreto, le pregunta así: «Dígame vuestra reverencia qué cosa es este hombre, y qué se puede fiar de él; que me contenta harto su *entendimiento, gracia y romance*. No sé si es algo de que es tan de vuestra reverencia. Ha venido acá algunas veces. Un día de la octava de todos los Santos, nos predicó. No quiere confesar a nadie, mas, a mi parecer, gustaría de confesarme a mí; y lo que sospecho (sigún es enemigo de hacerlo), que es por curiosidad. Diz que es enemiguísimo de revelaciones, que

(1) *Escritos de Santa Teresa*, Bib. de Riv., t. II, apénd., sec. II, p. 378

aun las de Santa Brígida dice que no cree. No me dijo esto a mí, sino a María de Cristo lo había dicho; y si fuera en otro tiempo, luego procurara tratar con él mi alma, que a los que sabía tenían esta opinión, me aficionaba, pareciéndome me habían de desengañar, si iba engañada, mejor que otros; ya, como estoy sin temores, no lo apetezco tanto, sino algún poco; y si no tuviera confesor y a vuestra reverencia pareciera, lo hiciera, aunque con ninguno trato ya mucho, como estoy sosegada, si no es con los pasados» (1).

Difícilmente habrá en la galería iluminada del *Epistolario*, cuadro en que más de relieve se pongan las habilidades y recursos, la sagacidad y atisbos psicológicos de la mujer, como en esas líneas, en que parece sentirse la sugestión del tono bajo y confidencial. Por aquí sabemos el atractivo que en ella ejercían *entendimiento*, *gracia* y *buen romance*; aquí adivinamos que la trama sutil del velo no impidió a su vista penetrante sorprender la razonable curiosidad, que el Dr. Castro llevaba al locutorio de San José.

La respuesta del P. Gracián debió ser como ella esperaba. Lo cierto es que, antes de quince días, la sensatez del catedrático de Salamanca perdía los pulsos y el aplomo ante la revelación, tan ingenua como sublime, de la seráfica Doctora del Carmelo. Ella, como le vió tan cabal, quiso apurar la victoria fiel a aquella su consigna: «Mirá que es bueno este sugeto para nuestro amigo» (2), y le envió por de pronto el libro de la *Vida*, y más tarde sus otros escritos. Todavía tomólos él con la prevención que él mismo dice: «Antes hice este presupuesto: yo quiero imaginar que estos libros pueden ser de una persona que hable de Dios sin tenerle en el alma, y que por ventura pueden ser embelecos; y así los leí casi con ánimo de calumniarla, si hubiese en qué y no la perdonar un tilde, como en cosa que tanto importaba. Y confieso que los mismos libros y las cosas altísimas que en ellos se contienen, me ganaron de manera que puedo afirmar y afirmo que ningunos libros de devoción he leído, que más me hayan enternecido, y pocos tanto» (3).

Así decía el Obispo de Segovia en 1610. Pero el billete escrito bajo la impresión de la lectura y enviado el 18 de noviembre de 1581, iba tal que la Santa pensó en guardarle como prenda de nuevos favores. En leerle re-

(1) *Epist.*, c. CLII, págs. 301-302.

(2) *Vida*, c. XXXIV, p. 287.

(3) Bib. de Riv., *Escritos de Santa Teresa* t. II, apénd., p. 379.

cibió uno de los mayores consuelos de su vida, y no se pudo contener, que aquella misma noche (sería, según costumbre, hacia las dos de la madrugada), no le pusiese unas letras de las más sensibles y espontáneas entre las suyas, que lo son tanto.

Parece ser que, ante la maestría de pluma en su dirigida, se avergonzó el Dr. Castro de su modo de escribir. A calmar su escrúpulo acude la Santa con esta cortesía: «Ninguna cosa ha perdido vuestra merced conmigo en el estilo de sus cartas; por mí tenía de decir a vuestra merced de la galanía de él: todo aprovecha para Dios, cuando la raíz es para servirle. Sea por todo bendito, amén, que no he tenido tan grande contento como esta noche. Por el título beso a vuestra merced muchas veces las manos, que es muy grande para mí. Mi señor, el doctor Castro y Nero» (1).

Rindióse, ¿cómo no?, a petición tan bien hecha y abríola el confesonario con grandísima alegría. Lo dice la firma a otro billete, donde aparece el celo de Teresa. Enviósele para darle el descanso de un sermón (2). Otra carta nos queda para el Dr. Castro, el cual quedó prendado del trato con la Santa, cuya conversación, dice, era cual se refleja en sus escritos. He aquí cómo cierra su declaración arriba citada: «Item digo: para los que no conocieron ni trataron a esta Santa, y que tan sólo han leído sus libros los quiero advertir, de camino, de una cosa, y es que los que los han leído o leyeren, pueden hacer cuenta que oyen a esta Santa Madre; porque no he visto dos imágenes o dos retratos tan parecidos entre sí, por mucho que lo sean, como los libros y escritos y el lenguaje y trato ordinario de la Santa Madre. Aquel enmendarse en algunas ocasiones y decir que no sabe si lo dice como lo ha decir, y otras cosas a este tono, son todas suyas» (3). Estas palabras, nos introducen de lleno en el *modo* con que Teresa hablaba a sus directores.

III

En el confesonario gustaba de acortar discursos y confesarse lisa y brevemente. Aun en la época de las revelaciones usaba el mismo estilo. En una memoria que, a 4 de septiembre de 1588, remite a Fray Luis de León,

(1) *Epist.* CCCLVIII, 307.

(2) *Epist.* c. CCCLIX, p. 308.

(3) *Escritos de Santa Teresa*, Bib. Riv., t. II, p. 379.

Diego de Yepes, dice: «Cuando se confesaba, era sin artificio y encarecimiento y con tan comunes y precisas palabras, que parecía una mujer común y grosera, sin sentimientos ni regalos de Dios. Yo digo a vuestra paternidad que me parecía una cuando la confesaba y otra cuando la conversaba. ¡Oh si acabasen de entender esto algunas monjas y beatas y personas que se precian de espirituales! ¡De cuántas palabras se ahorrarían ellas y de cuánto tiempo sus confesores!...» (1) Cortemos la palabra al buen cronista y dejémosle allá que desahogue su humor, mientras oímos otro rasgo interesante a Fray Diego de la Purificación, el cual con fecha 2 de febrero de 1602, escribe: «Era muy particular la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar, y al de la confesión, y así procuraba de comulgar muy a menudo; y, cuando no podía comulgar, había de confesar, por no perder aquella ganancia que Dios le daba por medio de los Sacramentos; y así me movía a particular devoción darle el Santísimo Sacramento o confesarla, por ver el espíritu con que lo hacía; y un día que no había comodidad para comulgar, por estar en casa de un seglar, me pidió que la confesase, y yo la respondí: —¡Jesús! Madre, no me mate, que no sé qué quiere confesar; pues hemos de andar revolviendo los pucheritos que hacía cuando niña para hallar materia que absolver: no la quiero confesar. Ella, con semblante grave y humilde, me respondió: —No sea, padre mío, avariento de las riquezas ajenas; y pues Dios nos comunica particular gracia en sus Sacramentos por medio de vuestras señorías reverendísimas, que son sus ministros y no dan de su casa nada, no me niege tanto bien, pues no pierde, señor, nada, sino que antes gana perdonando pecados y administrando tan santo Sacramento» (2).

Mas si iba a consultar o tratar asuntos, cambiaba de estilo. Ella nos ha descrito con toques bien delicados una de esas entrevistas. Recuérdese la escena que en aquella su ausencia de Avila, a principios de 1561, para consolar a D.^a Luisa de la Cerda, tuvo lugar una mañana, muy pronto de llegar a Toledo, oyendo Misa en los PP. Dominicos (8).

Iba a la rejilla con tal humildad, que pudo decir el P. Alvarez. «¿Veis a Teresa de Jesús lo que tiene de Dios y lo que es? Pues con todo eso, para

(1) Véase *Rel.*, ap. XCII, p. 496.

(2) *Relación* de Fray Pedro de la Purificación..., de algunos hechos y virtudes de la Santa (2 de febrero de 1602). Véase *Escritos sueltos*, apéndice CIV, p. 385.

(3) Ribera y Yepes señalan al P. Barrón; el P. Gracián al P. Fray García de Toledo. Véase *Vida*, c. XXXIV, p. 286-87

cuanto yo la digo está como una criatura» (1). Mas también sus confesores debieron temblar más de una vez, ante la religiosa que veía y hablaba a Dios, y no siempre había logrado borrar de su rostro las señales luminosas de las visiones. «Oí decir al P. Fray Domingo Báñez, que era tan grande el respeto y reverencia que tenía a nuestra Santa Madre, considerando las grandes mercedes que Nuestro Señor le hacía, que cuando se llegaba a confesarla estaba siempre temblando.» Así dice Beatriz de la Encarnación en las informaciones de Salamanca; y dice mucho para quien conozca el carácter entero y, en apariencia, duro, que el mismo Báñez se atribuye. Causaban ese miedo, no tanto las sombras y santidad del confesonario como la presencia cercana de una mujer que descorría lo pasado, iluminaba el porvenir y leía de presente en el corazón. Nada tan interesante como lo que de sí nos cuenta el célebre cronista benedictino Fray Diego de Yepes.

Pero, dejemos el confesonario, cuya luz oscura y aire reducido no permite desenvolverse al espíritu multiforme de Teresa: sorprendámosla en las discretas efusiones del locutorio iluminado a media luz, y mejor, primeramente, en la improvisada celosía de un mesón, durante sus viajes, y en la sala de visita antes de tenderse la red. En una relación, donde parece vivir aún aquella España cruzada en perpetua correría por aventureros, marchantes y magistrados, poblada, en sus ventas fantásticas, de escuderos y señores, gente de espada y gente de pluma, nobleza, religiones, encomiendas; nos ha descrito Yepes un encuentro con la que el Nuncio en Madrid por los años de 1575 y 76, mal informado, llamaba «fémína inquieta y andariega, y que por holgarse andaba en devaneos so color de religión» (2).

También él vió que los ojos de Teresa leían en su alma y sintió gran miedo de hablarla. «Dióla Dios tanta luz, que según della experimenté, presumo que conocía los pensamientos y las cosas que estaban por venir... Y así la dije una vez:—Madre, miedo tengo de hablar a vuestra reverencia, porque pienso que entiende mi interior; y así cuando la vengo a ver, me querría confesar como para decir Misa, porque no me aborrezca viéndome cual soy.—Ella se sonrió de manera que yo quedé más confir-

(1) Ribera, lib. IV, c. XX, p. 442.

(2) *Relación de la Vida y lieros de la M. Teresa, que el P. Diego de Yepes remitió al P. Fr. Luis de León* (4 de septiembre de 1588). Véase *Rel.*, apénd. XCII, p. 492.

mado en mí, porque ni osaba negarlo por no mentir, ni afirmarlo por no escandalizar» (1).

Ese miedo no es de los que rechazan y alejan, sino de los que, al tiempo que imponen, atraen y sugestionan; es una sensación que nos envuelve y nos dice, «acércate, soy un tesoro para ti, pero mira cómo te acercas, que soy sobre ti...» Algo parecido nos cuenta el Dr. Manso pasaba a su tío, del mismo apellido, el cual «confesaba a la dicha Madre Teresa de Jesús, y siempre venía a casa diciendo:—¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios!; más quisiera argüir con cuantos teólogos hay que con esta mujer—alabando su santidad (2).

Siguiendo Yepes el capítulo de sus *confesiones*, cuenta por menor su encuentro inesperado en Burgo de Osma con la fundadora que viajaba, la vuelta de Soria. Debió ocurrir el 18 de agosto de 1581.

«Acabado de ser prior de Zamora, enviáronme a morar la Rioja; y pasando por Osma, supe del señor Obispo, D. Juan de Velázquez, que estaba la Santa Madre en una fundación de Soria y que había de venir presto allí. Yo la esperé, y llegando a las ocho de la noche, fui a recibirla a la puerta, y al bajar del carro saludéla; y preguntándome quién era, y diciendo que Fray Diego de Yepes, ella calló. Yo me encogí, temiendo si me tenía olvidado, o no le era agradable mi presencia. Estando después a solas, le pregunté qué había sido aquel silencio, cuando le dije quién era: ella me respondió:—Turbéme un poco porque se me representaron dos cosas: que debéis ir penitenciado de vuestra Orden; o si quisiere Nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundación con toparos aquí, yo me consolé con este favor.—Yo la dije que lo primero era verdad, mas que lo segundo no querría Dios que lo fuese. Dijo el tiempo que me había de durar la penitencia» (3).

Por llegar a una posada, se apresuraba ella a incomunicar su aposento, y establecía especie de clausura en medio de la venta. Admirémos ahora la gentileza y cortesía de Yepes. «Y fué que, pasando yo camino de Medina del Campo para Zamora, acertó ella a ir a Medina de Avila con tres monjas; y quiso que llegó a posar al mismo mesón donde yo estaba; dile mi aposento que era el mejor que había en la posada; y fui su portero,

(1) *Relación* citada, p. 491.

(2) *Declaración de D. Pedro Manso*, año 1609. *Escritos de Santa Teresa*, Bibl. de Riv., t. II, apénd., sec. IV, p. 381.

(3) *Rel. cet.*, p. 491.

porque ellas estuviesen con mayor libertad en su recogimiento, y después que hubieron tenido sus horas de oración, pasamos muy gran parte de la noche en pláticas de cielo». El día siguiente amaneció con una gran nevada, y no fué posible dejar la venta. «Oyeron Misa y comulgaron como estaba concertado; y, vueitas a la posada, pasaron todo el día con el recogimiento que en sus monasterios. Dióme licencia, a la tarde, para que la entrase a hablar: vídome con algún deseo y necesidad de reformación y estuvo conmigo tan liberal que me dijo cosas tan admirables, que me parecía que me hablaba un ángel.»

La más llana fué la visión tenida, víspera de la Santísima Trinidad, donde vió la fábrica del *Castillo Interior*, a manera de globo de cristal «con siete moradas y en la séptima, que estaba en el centro, el Rey de la Gloria con grandísimo resplandor.»

¡Sabrosa plática, entretenida tal vez hasta romper el alba! ¡Oh quietud solemne y misteriosa de aquella posada, en uno de cuyos ángulos, mientras todo en ella dormía, y en silencioso concierto giraba la noche, *noche serena* de Castilla, desarrollaba los planos de las *Moradas* la doctora del Carmelo, y el benedictino y las tres carmelitas oían embelesados aquella voz hecha para el encanto, y se suspendían de aquellos labios, por donde, en un solo raudal, brotaba fundida la doble corriente de la inspiración mística y de la honda realidad española.

En fin, «estuvo en esto y en otras cosas tan liberal, que ella misma lo echó de ver y me dijo a la mañana:—¡Cómo me descuidé anoche con vos! ¡No sé cómo ha sido! Estos mis deseos y amor, que os tengo, me han hecho salir de mi medida; ¡plega a Dios que me hayan aprovechado! Yo le prometí de no decirlo mientras ella viviese; mas después que murió no querría dejar hombre a quien no lo publicase» (1).

Su manera de conversar en esas visitas antes de poner clausura, se adivina por la que tuvo al fundar en Soria con D. Carlos de Beaumont. «Estuvimos hablando muy buen rato, estando juntos sentados en un escaño, con palabras muy espirituales y de edificación» (2).

Por ese recato virginal, y porque la separación del rallo daba alas a su decir espontáneo, se apresuraba en seguida a poner reja. Así, al día si-

(1) *Relación* citada, p. 494.

(2) *Declaración de D. Carlos de Beaumont y Navarra... en las informaciones de Medina. Escritos de Santa Teresa*, Bibl. de Riv., t. II, p. 396.

guiente de llegar a Burgos, 26 de enero de 1581 (1), la vino a ver D. Pedro Manso. «Habléla por una ventana con su reja, que caía a un corredor, cubierta con velo negro, y por parte de dentro tenía su cama junto a la dicha reja. Y fué con tanto temor y respeto, que bien juzgué llegaba a hablar una gran santa y amiga de Dios, y se conmovieron las entrañas, y se me espeluznaron los cabellos de temor y reverencia» (2).

Ahí, tras la reja oscura, defendido el pudor hasta del sonrojo, podía abrirse su alma, que al decir de Teresita, llevó a los umbrales de la vejez toda la ingenuidad y candor de una niña. Penetremos en el locutorio y esperémosla. Ella, la mujer fuerte de la Escritura, que entiende de labores y sabe mover el huso, bajará aquella rueca graciosamente torneada, que en un estuche guardan por reliquia las carmelitas de Palencia, porque «a la red, escribe Ribera, iba a negociar con personas muy graves y con confesores, y llevaba allí algo que hacer, de que no poco se edificaban algunos, cuando lo sentían. Y así decía que era de gran provecho hallar las rejas cerradas, porque podían estar negociando y acabándose de tocar o haciendo algo de manos» (3). Fuera de esto, nunca se dejaba ver sin velo, sino era de personas muy allegadas. Hay de ello en su *Epistolario* unas líneas, que son uno de sus mejores retratos (4).

La Santa bajaba al locutorio algo más que la rueca, cuyo sordo zumbido acompañaba la melodía intermitente de su conversación; bajaba un corazón lleno de sinceridad y del más puro afecto a sus confesores.

IV

Amor castísimo: Un enigma en dos palabras, insoluble para nuestra edad y sus escritores sensualistas. Tal fué el de Teresa desde que en su corazón oyó aquella palabra *ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*. «Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar amistad ni tener consolación, ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso el ser deudos ni amigos» (5). Ella misma

(1) *Fund.*, c. XXXI, p. 308.

(2) *Fund.*, c. XXXI, p. 308, nota 5.

(3) Rib., lib. IV, c. XIX, p. 437.

(4) *Epist.*, c. LXXXVII, p. 76.

(5) *Vida*, c. XXIV, págs. 188-89.

se nos ha dibujado en el capítulo sexto del *Camino de Perfección* (1). Tan sin tierra, como ahí se dice, era su afecto. Las páginas anteriores lo prueban. Por lo demás, debería no ser Teresa, para no querer a sus directores: en especial si eran de lindo ingenio o de buen romance, no podía remediarlo (2). Y lo que nadie sospechara, aun en aquel Fray Pedro de Alcántara, cuyo retrato de alma y cuerpo nos hizo en un capítulo de la *Vida*, se fijó en estas prendas exteriores: «Era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento (3).

Era irresistible la atracción que sobre ella ejercía una discreta plática, un decir fresco y movido, una ocurrencia con su gracejo y mota de sal (4).

Por un dicho feliz se perdía, según su frase, y una salida ingeniosa no la dejará ir sin un aplauso o señal de aprobación. Tal la aconteció con Báñez, al darle cuenta de la molestísima obediencia de *las higas* (5).

Pero ese afecto nacido de simpatía a gente de buenas letras y ameno

(1) *Camino de Perfección*, c. VI, págs. 36-38.

(2) De la afición a los buenos predicadores; véase *Vida*, c. VIII, p. 60, y *Epist.*, c. 96, p. 85.

(3) *Vida*, c. XXVII, p. 215.

(4) *Epist.*, c. 251, p. 224.

(5) *Sobre la gravedad* de este dar higas, conviene que no juzguemos por el buen éxito de las revelaciones. Si hubieran sido aconsejadas a la célebre Magdalena de la Cruz, nos parecerían muy en su punto. El Beato Ávila, en su carta de aprobación al libro de la *Vida* (*Rel.*, apénd. XXV, pág. 209), dice que esas visiones, «si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir lo posible, aunque no por medio de las higas, *sino fuese cuando de cierto se sabe ser espíritu malo*; y cierto a mí me hizo horror las que en este caso se dieron, y me dió mucha pena». Pero es el caso que los de Ávila decíanla tuviese por cierto «que era demonio»; por donde no hay que hacer grandes duelos. Por lo demás, la respuesta de Báñez, *tomada en general*, parece más ingeniosa que sólida.

En cuanto a los que aconsejaron esto, lo cierto es que ella dice «mándame, me mandaban» (*Vida*, c. XXIX, págs. 229-30), y que, según anota el P. Gracián al apostillar esta palabra, el autor fué Gonzalo de Aranda. Hoy los textos no permiten afirmar que esto lo aconsejara su confesor jesuita, aunque tal vez pudo él, con otros varios de Ávila, ser de esa opinión. Ribera afirma que también el confesor aconsejó el *dar higas*. (Véase para este punto P. Silverio en la *Vida*, c. XXIX, p. 229, nota 1.)

discurso, tenía otra fuente más viva en su propia alma: *la gratitud*. «Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe de ser natural; que con una sardina que me den, me sobornarán» (1). ¿Por qué esta frase no es más conocida, si es la fórmula más breve de su alma? Por lo demás, había ella sufrido y gozado mucho, para no saber lo que a sus confesores debía. En ellos lo halló todo; ellos la adiestraron en el análisis íntimo de sí propia; ellos, y singularmente Báñez, dió a su formación intelectual una base firme sobre que alzar la *ciudad mística*, tan férreamente trabada en los cimientos como caprichosa y sutil en la bóveda luminosa con que se corona; ellos fueron sus abogados en los tribunales, censores benévolo de sus escritos, consejeros de las fundaciones, y finalmente aposentadores de aquella mujer, que, en castísima y regocijada romería, santificó nuestra patria, paseó bajo su cielo, entre el cortejo de sus religiosas, la doble blancura de las capitas de lana y de la virginidad, puso en el ambiente austero de la raza un rayo de alegría y buen humor, y pobló la España tradicional con el bullicioso ruido de instrumentos de placer y el alegre rodar de romances y letrillas. ¡Bien haya la España triste de Felipe II, a la que abrió su teatro universal Lope, bañó Cervantes de eterna y benévola sonrisa, y entretuvo en plática sabrosa de nativo grajejo la gentil castellana, que sabía los secretos y virtudes de la tierra... y los del cielo!...

Amó a sus confesores como a padres de su alma, y lo que prueba la pureza de tal amor, es que no se ruborizaba en manifestarse. Nuestra cultura que todo lo malicia apenas puede leer frases como éstas al P. Gracián: «Mas ¡qué boba estoy! y cómo se estará riendo mi Padre cuando lea ésta! ¡Dios las perdone a esas mariposas [las Carmelitas de Sevilla], que tan a su consuelo gozan lo que yo ahí gocé con tanto trabajo. La envidia no se puede excusar»... (2), y despedidas así: «Indina sierva y súdita de vuestra reverencia; ¡qué de buena gana digo esto! Teresa de Jesús» (3) Su afecto baja a estas solicitudes de madre: «Dice Séneca contentísimo que ha hallado más en su perlado de lo que él ha podido desear... Yo le digo que me da (4) un enojo de sus caídas [P. Gracián], que sería bien le atasen, para que no pudiese caer. Yo no sé qué borrico es éste, ni para qué ha de

(1) *Epist.*, c. 224, p. 202.

(2) *Epist.*, c. 106, 96.

(3) *Epist.*, c. 340, p. 293.

(4) *Epist.*, c. 65, p. 55. ¿Es errata *dé* en vez de *da*?

andar diez leguas en un día, que en un albarda es para matar. Con pena estoy si ha caído en ponerse más ropa, que hace ya frío» (1). Séneca, de quien habla al principio, es San Juan de la Cruz, a quien por sus sentencias, de un rigor que Teresa comprendía muy bien, y por ser muy pequeño, llamaba *mi Senequita*. He ahí otra muestra de amor: así a Gracián por su espaciosa calva, le puso *mi Eliseo*, y a su gran amigo el jesuita Pablo Hernández, por lo despacio y autorizado de su hablar, *el Padre Eterno*. Recuérdese además que, según el Dr. Castro, la conversación de la Santa era como sus escritos, y veremos que no sólo bajaba al locutorio su grande afecto a los directores, sino que lo bajaba descubierto.

Ante tan ingenuas efusiones debieron asustarse los pocos años y el rigor ascético del P. Baltasar Alvarez: no escapó tal recelo a la vivaz penetración de Teresa. «Acaeciome con algún confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma, como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre adonde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia» (2).

Como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia: he ahí la clave de su trato con los directores. El rubor, con ser el más hermoso adorno del hombre caído, no existía en el paraíso antes del pecado: es la ola de sangre de la inocencia lastimada, es un cerrar los ojos por vergüenza de algo innoble, que en nosotros se agita, a pesar nuestro. El rayo de luz, salido de unos ojos maternos, atraviesa los del hijo, hasta posarse en el alma, sin estremecimiento y turbación. Es que en ese rayo no hay un átomo de materia; ¿de qué ruborizarse? Así se mira y conversa en la niñez y en la adolescencia, aunque no muchos años. Porque, hechos de carne frágil, al querer mostrar a otro el amor puro del alma, se enciende, aun contra el propio deseo, la llama de otro que no lo es tanto. ¿Y quién podrá, escribía el autor de las *Confesiones*, decir dónde se mezclan esas dos llamas? Las almas delicadas y virtuosas que, en el dar o recibir muestras de amor natural y aun santo, ven saltar en sí chispas de un incendio sensible, cortan aun las manifestaciones del amor legítimo y escogen pasar por desabridas. ¿Qué más querían ellas? Pero esa corriente induce en la parte sensible otra peligrosa que amenaza abrasarlo todo. Hay, sin embargo, quienes por una

(1) Véase otro pasaje idéntico: *Epist.*, c. 299, p. 261, y sobre todo, lo que de sí propio escribe Gracián en su *Peregrinación de Anastasio*. En *Santa Teresa*, t. II, c. XXVII, p. 780.

(2) *Vida*, c. XXXVII, 323.

sencillez de alma bienaventurada, o por una virginidad castísima, hija a la vez de natural condición y de singular privilegio, no sienten en sí cosa que les retraiga ni dé vergüenza. Tal era Teresa de Jesús: de ella puede cantarse aquello de Milton, en el libro V de su *Paraíso perdido*: «Cubierta con su virtud, no necesitaba velo: ningún pensamiento insano le alteraba sus mejillas.»

Precisamente la continuación en sus tratos mundanos durante la adolescencia y juventud se debió, en parte, a cierta feliz inmunidad en esta materia. No hay que tomar muy a la letra los primeros capítulos de la *Vida*. Efectivamente: «siempre, cuando el padre Fray Diego³ de Yanguas trataba de nuestra Santa, era tan grande la veneración en que la tenía, que para haberla de nombrar, siempre decía: *Aquel tesoro virginal*» (1).

Pues como estaba segura de sí, dejábase llevar de la corriente de amor y gratitud. Dios mismo vino a calmar todo escrúpulo (2). ¡Quién la viera abandonarse a su natural regocijado y alegrel Porque «no era amiga de gente triste, ni lo era ella; no quería que los que iban en su compañía lo fuesen. Decía: —¡Dios me libre de santos encapotados!» (3). Cumplía en sí aquel aviso a sus monjas de San José: «Así que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas, que os tratarén, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemorizen y amedrenten de la virtud» (4).

El locutorio fué su escuela y la de sus confesores. Allí bajaba todas las dudas; y quien compare las *Moradas* con la *Vida*, verá cuánto aprovechaba. Preguntábase, y oía, como ella misma cuenta, refiriéndose al Padre García de Toledo, a quien en la primavera de 1562 puso en tanta perfección, «que, cada vez que me habla, me tiene como embobada» (5). Pero a los pocos lances era de Teresa la palabra, y los embobados resultaban los

(1) *Declaraciones* de la Madre Isabel de Santo Domingo en las informaciones de Zaragoza. Bibl. de Riv. *Escritos de Santa Teresa*, t. II, p. 411. De esto hay muchos testimonios. Véase, entre otros, Bibl. de Riv., *Escritos de Santa Teresa*, t. II, p. 389; *Epist.*, c. 138, págs. 126-27; Ribera, *Vida de Santa Teresa*, lib. I, c. VIII, p. 60; Mir, *Santa Teresa*, t. I, lib. II, c. XXVI, p. 712 y sig.

(2) *Vida*, c. XL, p. 366.

(3) *Relaciones*, apénd. LV, p. 301.

(4) *Camino de Perfección*, c. XLI, págs. 200-201.

(5) *Vida*, c. XXXIV, p. 289.

confesores. Naturaleza y gracia, todo conspiraba a ello. A estas alturas se entenderán en su punto unas líneas de Fray Luis de León (1), clásicas en la materia.

Porque «su habla era muy graciosa y su conversación muy suave, llana y cuerda, y, a cualquier cosa que tratase, sabía muy bien y entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían;... hablaba familiarmente y humanamente con todos con alegría, con amor, sin encogimiento, y con una santa libertad, de tal manera que, quien la oía y sabía de sus cosas, se espantaba de ver que, quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios, hablase con los hombres como si nada de aquello tuviera» (2).

Una de esas felices salidas tuvo con Yepes estando ella en Medina. «Yendo yo a decir Misa a su monasterio de monjas, diéronme un paño muy oloroso para lavarme las manos; y yo, inconsiderado, me ofendí de ello, y la dije, después, que mandase quitar aquel abuso de sus monasterios; porque, como me parecía bien que los corporales y paños, que están en el altar, estén olorosos, así me parecía mal que los otros paños comunes, que son para limpiar las inmundicias, lo estuviesen. Ella me respondió con un donaire y gracia extremada, y me dijo:—Mire, no se canse, y sepa que esa imperfección toman mis monjas de mí. Pero cuando me acuerdo que Nuestro Señor se quejó del fariseo en el convite que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo, desde la puerta de la iglesia querría yo que todo estuviese bañado en agua de ángeles» (3).

He aquí otra ocurrencia que, con ciertas variaciones felices, era frecuente en la Santa: «Confesaba, dice uno de sus directores, muchas veces sus culpas pequeñas con mucho donaire y gracia; y así, no sé sobre qué cosa que tratábamos de imperfecciones en personas principiantes a servir a Dios, me dijo una vez:—Sepa, Padre, que me loaban de tres cosas temporales, que eran: de discreta, de santa y de hermosa. Las dos creíalas yo, y persuadíame que las tenía, y lo que creía era que era discreta y hermosa, que era harta vanidad; más de que me decían que era buena y sancta, siempre entendí que se engañaban, y así nunca tuve que confesarme de con-

(1) *De la vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús*. Libro primero, V en *Relac.*, apénd. XCI, p. 475.

(2) Ribera, lib. V, c. I, p. 312.

(3) Véase en *Rel.* apénd. XCII, p. 499.

sentimiento de tal culpa, ni me vino vanagloria de esta alabanza» (1). Así Fray Pedro de la Purificación; nadie como él nos ha descrito el trato de la Madre con sus confesores.

«Una cosa me espantaba de la conversación de esta gloriosa Madre, y que lo noté muchas veces y me puse de advertencia a considerarlo, y es que, aunque estuviese hablando tres y cuatro horas, que sucedía estar con ella en negocios, así a solas como acompañado, tenía tan suave conversación, tan altas palabras y la boca llena de alegría, que nunca cansaba, y no había quien pudiese despedir de ella; y jamás le pude coger en una palabra ociosa, que pudiese juzgar lo era, aunque, como digo, me puse a pensar en ello muchas veces» (2).

Ni era sólo la vena irreflexible del discurso, sino que su deliciosa sensibilidad, los gestos, el dramatismo que en todo ponía, los graciosos apartes, debidos a aquella su frescura de imaginación meridional, las insinuaciones bajas al oído, todo ayudaba al embeleso. Véase por qué manera:

«Un día— prosigue Fray Pedro de la Purificación—, fuéla a visitar en Burgos una señora recién casada, hermosa, y muy ataviada; y entre otras cosas llevaba unas perlas muy finas y dos o tres diamantes de valor y bien puestos, que la adornaban mucho. Después de haberse partido, preguntóme: —Dígame, Padre Fray Pedro, ¿ha visto a Doña Fulana?—Sí, Madre: ¿Por qué me lo pregunta?—dijo— ¿No le parece que es hermosa y de buen parecer y que traía buenas joyas?—No repararé en tanto, Madre; mas todos dicen (dije yo) que es hermosa y bien puesta.—Sonrióse la Santa, y dijo:—Aquellos diamantes estuvieran mejor en el Niño Jesús; que a mí todo lo de esta vida me parece muy feo;—y *asióme de la capa y apartóme a un corredor* (porque estábamos en una casa prestada, que no nos quería dar licencia el arzobispo para fundar); y comencóme a decir mil cosas de Dios, y entre otras:—Créame, Padre, que después que Nuestro Señor Jesucristo me hizo merced de visitarme y mostrármeme juntamente con el Padre Eterno y el Espíritu Santo en tan devota figura, con tanta hermosura y resplandor, desde entonces le tengo tan presente en los ojos del alma, que nada de acá me satisface, todo me parece feo y escoria, y ninguna

(1) *Relación de Fray Pedro de la Purificación, que asistió a la fundación de Burgos, de algunos hechos y virtudes de la Santa* (2 de febrero de 1602). Véase en *Escritos sueltos* apénd. CIV, p. 384.

(2) Lug. cit., p. 381.

cosa me da contento, sino ver con el alma las almas que están vestidas de los dones de Cristo; y por eso le dije que no me parecía aquella sierva de Dios hermosa» (1).

V

Hemos hasta aquí hablado de las gracias que Teresa bajaba al locutorio: las palabras últimamente copiadas nos dicen las que bajaba Dios. Porque de pronto, y cuando ella más se pegaba al suelo de su llaneza, tal vez, mientras estaba riendo como una boba, según su expresión favorita, Jesucristo la tomaba así, abría ante ella el cielo por entre rompientes de luz, y a vista de sus interlocutores espantados, bañábala el semblante de resplandor sobrenatural. Diríase que su Esposo tomaba placer con sorprenderla en traje de faena; y si se hubieran de dar en un cuadro las síntesis de Teresa, habría que poner de fondo la cocina de Ávila donde, mientras tiene en la mano una sartén, es cogida del arrobo y queda así suspendida, coronada por la doble llama del ardor seráfico y del fuego sagrado del hogar. En la historia de la mística no hay nada parecido.

En una de sus relaciones de 1576 en Sevilla, dice al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía: «Las Personas [divinas] veo claro ser distintas, como lo vía ayer, cuando hablaba vuestra merced con el Provincial» (2). Esto de arrobarse la sucedía muy frecuente en la Encarnación, donde entró por Priora el 6 de octubre de 1571. Entonces se trataron tanto aquellas dos almas que marcan la cumbre de la mística española. Léase en la discreta María Pinel de Monroy, el doble arrobo que tuvo lugar en el tercer locutorio, que hizo la Santa para su despacho cuando fué Priora (3). Por dicha, nos queda de su propia pluma la descripción de este trasponerse maravilloso, tan ajustada en todo a la verdad, que, como de Velázquez se dice que da la sensación del aire ambiente, Teresa da la sensación del diálogo y la vibración del espíritu (4). El locutorio se ha convertido en oratorio. Jesucristo preside y Teresa

(1) Lug. cit., págs. 380-381.

(2) *Rel.* V, p. 37.

(3) *Noticias del santo convento de la Encarnación de Ávila, casa primera de mi Santa Madre Teresa.* Véase *Rel.*, apénd. V, p. 105.

(4) *Vida*, c. XXXIV, págs. 291-292.

aparece con la aureola de la santidad glorificada. ¿Qué hacían aquí en este paso sus confesores? Sin duda, lo que Petronila Bautista declaraba en el *Proceso de Avila*, que «estando Fray Domingo Bañes, grave religioso, catedrático de la Universidad de Salamanca y confesor de la Santa Madre, haciendo una plática a las religiosas de este convento (de San Joseph), la Santa Madre se quedó arrobada, y el dicho Padre se quitó la capilla y dejó la plática y puso gran silencio hasta que volvió en sí».

¿Qué extraño tiene ya que, quienes una vez la trataron, estimasen como una gracia volverla a ver? A la verdad, ¿quién no deseara tratar a la Madre Teresa, que, según el gravísimo P. Pablo Hernández «era muy mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor?» (1).

VI

Hay que poner fin a este esbozo de cualquiera manera, y resignarse a indicar tan sólo varios puntos que la pasión ha hecho considerables.

Ni el tiempo, ni la ausencia, ni tan siquiera la vista de humanas flaquezas, pusieron en el corazón de la Santa olvido de sus confesores. Ahí está su *Epistolario*, aunque tan alterado, por justos celos unas veces, otras por cierta piedad meticulosa y mal entendida, las más, por rivalidades y rencillas, que llegaron hasta la mutilación y el apócrifo.

Falta en él casi por entero la correspondencia con el primer Descalzo de Duruelo, que la solía en sus viajes llevar metida en un *pobre zurrón*: eran muchas cartas; él, por sacrificar ese consuelo, y «darse entero a la cruz, las quemó todas de una vez» (2); falta la correspondencia del venerable P. Baltasar Alvarez, cuya desaparición se explica, quitadas otras causas, por el injusto despojo de papeles, sufrido en el extrañamiento de Carlos III; falta en su mayor parte, la de Báñez y demás confesores dominicos y jesuitas; y si algo nos queda, se debe al buen acuerdo con que Gracián desatendió a veces el deseo de la Santa, que rompiera sus cartas, sobre todo en el trienio de 1577 a 1580. Mas esto poco basta para ver su fidelidad con quien una vez se comunicó. Ni aun los sinsabores que a sus monjas de Sevilla proporcionaba el bueno Garcíálvarez, fueron parte a enajenarse con él.

(1) Rib., lib. II, c. XIII, p. 176.

(2) Fray Antonio de San José. Véase *Epist.*, c. 329, p. 283, nota 8.

Se ha querido, sin embargo, dar un alcance de rompimiento, no con uno que otro, sino con toda la Compañía, a ciertas cartas escritas sobre el P. Salazar, y más que nada, a una fechada en Burgos el 20 de mayo de 1582 para el Sr. Reinoso, canónigo de Palencia (1). No sufren tal interpretación, ni las personas a quienes va dirigida, ni el texto de la carta, ni mucho menos el natural de quien la escribe. Porque atribuir a los prontos, que hacen el encanto del *Epistolario*, otra significación que la de ser un eco del sentimiento presente, dar a un grito de dolor, a un gesto de indignación pasajera, a una queja de momento el carácter de pasión fija, de aversión constante, en una palabra, de ruptura, es haber perdido lastimosamente todo criterio histórico; es, sobre todo, no haber pasado del *abecedario* en la sicología de la Santa.

No; ni las durísimas frases, las más duras que recordamos, contra la Priora de Sevilla, su hija predilecta, María de San José, en 1579 (2), ni la amargura de su espíritu por la obra destructora del mal aconsejado Julián de Avila en el primer monasterio de la Reforma, en 1581 (3) ni ciertas dudas sobre la sinceridad en el trato de Gracián (4), ni la honda pesadumbre con que, según Ana de San Bartolomé, fué despedida de Valladolid por su sobrina María Bautista (5), fueron otra cosa que una contrariedad de circunstancias, un desahogo justo, una explosión de aquel su espíritu, tan fácil al sentimiento como pronto en expresarlo, y constante en volver al estado de equilibrio primero. Y la Compañía, tanto o más que de las singularísimas alabanzas esparcidas por la *Vida* y el *Epistolario*, se ha de preciar de estas quejas, hermoso brote de un alma que se cree lastimada en lo que más quería; pues se ha dicho que, sin quejas de supuestos olvidos, no es perfecto el amor.

Su sentimiento, por otra parte, era bien natural. La soledad en que, por muerte de sus antiguos confesores jesuitas, se iba quedando, sin ganas de abrirse con otros nuevos; el retraimiento de los mismos, parte por ser jóvenes y no conocerla tanto, parte porque, hechas las fundaciones, ellos quedaban de confesores extraordinarios, cuando más; los repetidos avisos,

(1) Véase P. Zugasti. *Santa Teresa y la Compañía de Jesús*. Madrid, 1914, c. I, § III, y c. XVI.

(2) *Epist.*, c. 253, p. 226.

(3) *Epist.*, c. 322, p. 27; c. 352, p. 302.

(4) *Epist.*, c. 245, p. 221.

(5) Véase Fr. Florencio del Niño Jesús. *La Beata Ana de San Bartolomé*. Burgos, 1917, c. XIII, p. 126.

que a partir de 1577 (1) hasta la carta circular del P. Juan Suárez en 23 de enero de 1579 (2) se venían dando sobre observar el Instituto e irse retirando un poco de la dirección de las Carmelitas, las instancias repetidas que la Compañía guardase su modo ordinario de oración (*diverso*, no *opuesto* al *extraordinario* de la Santa (3), el cual, sin embargo, en la *forma* y en el *tiempo* podía dañar a los ministerios), todo esto, que llegaba a veces desfigurado a sus oídos, y se crecía en su sensibilidad y afecto, iba formando el ambiente de amargura que se respira en la carta, y la honda desazón que vino a estallar en la fundación de Burgos. Cosas de procura, por ambas partes, y un choque imprevisto con algún jesuita particular, que creyó deber oponerse a ciertas larguezas de D.^a Catalina de Tolosa, eso fué todo. Hay en la carta quejas vivas, que se *nutren de rumores* con que la llenaban los oídos, pero ni una palabra de rompimiento, sino antes deseo de que el Sr. Reinoso lo arreglara todo con el P. Juan del Águila.

Los jesuitas habían recibido a Teresa en el período más crítico de su santidad, la habían dirigido con acierto y apoyado, como quien más, en las fundaciones, no sólo con preparar las casas, sino con poblarlas de hijas espirituales suyas; pero una vez puesta la clausura, y en marcha la Orden, debían retirarse y mantenerse en su Instituto, aunque fuera esto con sentimiento de ellos y de Teresa que lo advertía. He ahí el fondo de la carta. Ir más allá sería ir contra la verdad, afirmada así por Yepes: «A los confesores que tenía amaba siempre mucho, y fué tan agradecida, que jamás dejó a ninguno que una vez hubiera elegido, sino era que él se mudaba a otra parte o ella iba a fundar a otros lugares. Contaba muchas veces las buenas obras que le habían hecho y tenía gran memoria de ellas y de todos solía decir que les debía mucho su alma» (4).

Sólo la muerte pudo alejarla de ellos, y quien la viera llorarlos, podría decir también: «¡Mirad cuánto les amaba!» Lloró en Salamanca al santo

(1) Véase la instrucción dejada al P. Álvarez por el Visitador P. Avellaneda a fines de 1577... en el P. Astrain. *Historia de la Asistencia de España*, t. III, lib. I, c. VIII, p. 193.

(2) Véase Astrain, lugar citado, y P. Zugasti. *Santa Teresa y la Compañía de Jesús*, c. XV, páginas 288-89.

(3) C. Bayle. *El espíritu de Santa Teresa y el de San Ignacio. Razón y Fe*, marzo-mayo de 1922.

(4) Yepes. *Vida de Santa Teresa*, lib. III, c. X. La última carta que tenemos de Teresa, malignamente mutilada, parece una prueba más de las injusticias contra la Compañía en los escritos de la Santa.

padre Martín Gutiérrez (1), en Toledo al Beato Avila, que en días de prueba había sido su ángel de luz (2), y sobre todo lloró en Medina del Campo a su primer confesor jesuita fallecido en Belmonte el 25 de julio de 1580 (3).

¡Hermosas lágrimas derramadas por Teresa sobre las cenizas de sus directores! Mientras con ellas ungía los cuerpos y embalsamaba su memoria de un suave olor que llega hasta nosotros, sus almas, ya en posesión de Dios, bendecirían la hora en, que para tanto bien suyo, dieron por tierras de España con *aquel tesoro virginal*.

QUINTÍN PÉREZ.

(1) Rib., lib. IV, c. XI, p. 388.

(2) Rib., lib. IV, c. XI, págs. 388-89.

(3) La Puente. *Vida del P. Baltasar*, c. LIII, n. 1. Lo mismo contaba la Madre Inés de Jesús, Priora entonces de Medina. Véase P. Zugasti, obra citada, c. VII, págs. 148-49.

